

ENTRE DOS VUELOS

Henri Tracol

P.- Es usted el que ha propuesto que nos encontrásemos aquí, en Orly, para hablar de Gurdjieff. ¿Por qué?

R.- Quizá sencillamente porque hasta estamos dentro del ámbito habitual de mis ocupaciones. G. decía para quien quiere conocerse, las condiciones ordinarias son las mejores. " Pero por otra parte reconozco que siento un interés especial, aunque sea muy discutible, por los aeropuertos.

P.- ¿Qué quiere usted decir?

R.- Primero diré que el aeropuerto, lugar de paso, es por sí mismo revelador de la dispersión perpetua del hombre de hoy. En ese sentido, estamos aquí en plena "utopía".

P.- ¿Qué entiende usted por "utopía?"

R.- "Utopía" quiere decir literalmente "en ningún sitio". No estamos en ningún sitio. Y lo extraordinario es que cuando se viaja, tanto da encontrarse en un aeropuerto como en otro, siempre es el mismo: sea en Tokyo, en Heathrow o en Kennedy Airport, está uno siempre en el mismo aeropuerto, con enlace aéreo de un edificio a otro.

P.- Pero no estar en ninguna parte, no es esto; esto es estar en un aeropuerto...

R.- Un sitio para marcharse. Y más aún. Porque no sólo los aeropuertos, sino también los viajes aéreos se prestan a ese tipo de reflexión. No estoy en ninguna parte, y al mismo tiempo, en algún sitio estoy, y ese sitio siempre soy yo. Esté encima del Atlántico, de Francia o de Africa, o entre dos paisajes de nubes a 5000 metros de altura, en el momento mismo en que me percibo de nuevo, sigo estando en el mismo cuerpo. Que sirve de vinculo a todas mis experiencias. Y es una manera de apuntalar, en cierto modo, ese retorno a mí mismo, ese "recordar", que no es tributario de que las condiciones sean siempre las mismas.

P.- Pero entonces, esas condiciones, ¿más vale que sean siempre las mismas, o es mejor que cambien?.

R.- Es uno de los problemas que no dejamos de plantearnos cada día. Mientras yo esté en estrecha relación con las condiciones imperiosas que van ritmando mi vida ordinaria, me parece que tengo pocas posibilidades de despertar. Hacen falta desajustes, hacen falta experiencias en las que me encuentra fuera de mi contexto habitual. Quizá sean necesarias las dos cosas, quizá sea necesario un arranque, un despegue, como despega el avión, del suelo habitual, para descubrirlo desde arriba.

P.- Usted como vino a esta enseñanza

R.- Sería muy largo de explicar, pero en cierto sentido podría contestarle muy sencillamente; por Malraux, fue Malraux el que me llevó a Gurdjieff.

P.- ¿Le conocía?

R.- No, no le conocía.

P.- ¿No tenía noticia de su existencia?

R.- Quizá sí. Seguro que sí. Pero Malraux no sabe que él me llevó a Gurdjieff. Le voy a decir en qué circunstancias. En aquel entonces era yo periodista: era uno de los responsables de la agencia de prensa de la república española durante la guerra civil. Y mi libro de cabecera era "L'Espoir" de Malraux. Tengo que decir que antes del encuentro con Malraux o con sus libros, había en mí una búsqueda, y esta búsqueda se prosigue durante la estancia en España. Y un día, de pronto di con una réplica de García que es el portavoz de Malraux en "L'Espoir" al aviador italiano que había aterrizado en las líneas republicanas, que le pregunta a bocajarro; "¿Pero qué otra cosa mejor pude uno hacer de su vida?" Y la contestación viene inmediata, tajante: "transformar en conciencia una experiencia lo más amplia posible". Para mí fue como si me cayera un rayo encima. Y cuando vine a parar, con los restos del ejército republicano, a Francia, me fui derecho a casa de un amigo que, por lo que yo sabía, podía llevarme a ese camino. Por eso le doy las gracias a Malraux...

P.- ¿De manera que ese camino era el de Gurdjieff? ¿Estaba en París entonces?

R.- Estaba en París, y ya me habían hablado de él algunos amigos que estaban en relación con él, en particular Philippe Levastine y René Daumal. Por lo tanto era un gesto natural, desde el instante en que aquella nota había resonado en mí, ir en busca de ellos y pedirles ayuda. Ellos me pusieron en contacto con la enseñanza de Gurdjieff y luego con Gurdjieff mismo.

P.- ¿Cuál era la postura de Gurdjieff respecto al mundo exterior, la sociedad, la familia? ¿Tenía una moral?

R.- Por supuesto, tenía una moral. Una moral que se desprendía de una actitud mucho más general respecto al hombre. Él pensaba que si el hombre está en la tierra, no es por casualidad; que tiene una misión que cumplir. Y esta misión implica ante todo Y sobre todo que se reúna consigo mismo, que despierte a sí mismo y que sea él mismo lo más posible

P.- ¿Cuál era su noción del bien y del mal?

R.- Su noción del bien y del mal estaba en los antípodas de todo maniqueísmo, y se definía muy precisamente en relación con el despertar, con la tentativa de toma de conciencia. Todo lo que puede perjudicar a esa tentativa de tomar conciencia, se puede considerar como "mal"; todo lo que puede ayudarla se puede considerar como "bien", pero siempre a condición de... A condición de que el hombre vuelva a ese anhelo primero de saber quién es, con el fin de ser más él mismo.

P.- Eso me parece sumamente peligroso. Es una base puramente egoísta.

R.- ¿Egoísta?. Por fuera, seguramente, así puede parecer. Pero en realidad no hay peor obstáculo para esa búsqueda que el pequeño egoísmo. Hace falta una dosis considerable de determinación anterior para

llevar al hombre a querer conocerse, cuando todo le invita a evadirse de sí mismo. Es una ascesis. Y por añadidura, si el hombre toma conciencia de su presencia en el mundo, no puede dissociarse de él en absoluto, muy al contrario; comprende que ese retorno a lo que es realmente él, le exige que intente restablecer una relación verdadera con el conjunto de fuerzas del que depende.

Pero la verdad es que hay otra clase de evasión, más grave todavía: la del monje, la del anacoreta. Quiero decir la evasión del que se retira del mundo y se construye un universo encerrado en sí mismo. Quizá pretenda estar abierto a Dios, pero al mismo tiempo se aísla de todo, implacablemente, rompiendo todos los lazos que le llevan a ser como normalmente está llamado a ser, ya que, efectivamente, el hombre es por esencia un animal social.

P.- ¿Gurdjieff estaba totalmente en contra de eso?

R.- Indudablemente.

P.- ¿Pero, se toma conciencia si implemente de que esas reglas morales corresponden a algo profundo dentro de sí mismo, o se descubre que es otra moral?

R.- Todo cambia a partir del momento en que una experiencia vivida como más real se basa en el despertar a sí mismo. Despertar a sí mismo no quiere decir despertar solo a los contornos exteriores de mi manera de existir; quiere decir también despertar a lo que llevo dentro, en lo más hondo de mi ser.

P.- Dicen que es usted buscador. ¿Qué es lo que busca?

R.- Es una pregunta que me hago todos los días... En realidad, si intento definir el objeto de mi búsqueda, enseguida estoy en peligro de perder el rumbo. Hay, quizá, una forma de búsqueda que se impone, y procuro ajustarme a ella, pero en cuanto intento formularla, cedo a una tentación que me desvía de la verdadera búsqueda.

P.- ¿Entonces es una búsqueda sin esperanza, o sin objetivo?. ¿En concreto todo eso desemboca en algo?

R.- Muy buena pregunta: ¿desemboca en algo?. ¿Cuál es mi meta? Lo que pretendo ante todo es para entendernos dar con una dirección. No tanto representarme el objetivo que se ha de conseguir, sino más bien volver a conectar dentro de mí con una orientación acertada.

P.- Entonces cuál es su motivación? Porque tiene usted una motivación...

R.- Indudablemente. Lo que motiva mi búsqueda es cierta insatisfacción. Algo que no esta en su sitio. No me llevo bien conmigo mismo. Esto no lo he inventado yo, no es una proyección; es algo que se ha hecho patente - por ejemplo en forma de pregunta. ¿Por qué estoy aquí, qué sentido tiene mi presencia en la tierra? Y desde ese instante ya estoy en estado de búsqueda.

P.- Todo el mundo es así, ¿no? ¿Quizá?

R.- Todo el mundo es así, más o menos inconscientemente.

- P.- Entonces ¿qué es lo que diferencia su búsqueda de la de los investigadores científicos, por ejemplo? ¿Desprecia usted los resultados que consiguen?
- R.- ¿Porqué los vamos a despreciar? Creo que el verdadero problema es que esos resultados, por muy normales y justificados que sean, no están "integrados". Recuerdo haber leído hace unos años un libro que se titulaba "Los investigadores se interrogan" Era una compilación de reflexiones procedentes de diversos físicos, químicos, psicólogos, metafísicos, artistas ... Los investigadores se interrogan ... Al fin y al cabo es su función, interrogarse, al parecer. Pero era un libro que formaba parte de una Colección cuyo objeto era hacer sentir las grandes incertidumbres humanas de nuestro tiempo. Se podría decir que no hay cosa mejor compartida en el mundo, hoy día. la incertidumbre. ¿De qué manera acoge cada uno de nosotros la incertidumbre? Acaso hayamos aprendido a convivir con ella. Pero ella sigue ahí, y no puede menos de visitarnos continuamente y en secreto, poniéndonos justamente en estado de interrogación. Invadidos por la incertidumbre, por mucho que intentemos escapar, nos empuja a preguntarnos más y más por el sentido de nuestra presencia en esta tierra.
- P.- ¿No cree usted que hay varios caminos para llegar a esa verdad que todo el mundo busca?
- R.- Seguramente. Pero el hombre carece de la facultad de aprovechar los conocimientos que acumula. La incertidumbre permanece. Porque la verdadera pregunta, en el fondo, no deja de ser "¿quién soy yo?" Aunque, al surgir la pregunta en mí, no haga más que atisbarla de paso. Hay en la tierra otras formas de vida que no están aquí para interrogarse; les basta ser. El hombre no puede conformarse con ser. El hombre está aquí para preguntarse por el sentido mismo de su ser y por su destino.
- P.- Eso, me parece que todas las religiones lo hacen, y todo hombre, al menos una vez en su vida, se hace esa pregunta. O sea que no es la pregunta misma lo que es original en ustedes, sino la manera de enfocarla.
- R.- Sí. ¿Qué es lo "original"? Por ahí tampoco estamos seguros de no perder nos. Hoy día, efectivamente, es una de las tendencias dominantes, por ejemplo en arte y en literatura, ese afán desenfrenado de originalidad. Bien, pues hablemos, por qué no, de esa aspiración a lo original; y por qué no devolverle su verdadero sentido, el de "retorno a los orígenes". Lo más auténticamente original de nuestro buscar es un reconocimiento de lo que es absolutamente esencial en el hombre. Y en esto venimos a coincidir con formas de búsqueda que han sido las de las grandes tradiciones.
- P. Dice usted que todos los hombres están insatisfechos, lo que me parece una evidencia; que todos se preguntan "¿quién soy?", que se lo preguntan desde hace miles de años y seguirán preguntándose mucho tiempo. La insatisfacción incluso va en aumento, al parecer últimamente, en proporciones inquietantes. Hasta tal punto que hoy día multitud de jóvenes lo abandonan todo para huir lejos de las ciudades y hacerse hippies.
- P.- Eso es sumamente interesante: tanto se ha agudizado que tendrá que llevar a unos y a otros, especialmente a los jóvenes, a buscar soluciones fuera de las que les proponen la sociedad y las clases dirigentes

P.- Pero ¿usted cree que Gurdjieff había dado con la solución?

R.- Gurdjieff era un buscador de la verdad. En su libro sobre los Hombres Notables, habla de una hermandad de Buscadores de la Verdad, de la que él formaba parte, y se puede decir que lo que él procuraba era precisamente hacer de nosotros "buscadores de la verdad". Se esforzaba, dando ejemplo él mismo, por despertar en nosotros el sentido mismo de esa búsqueda.

P.- ¿ Estaba solo o pertenecía a una hermandad? Es lo que ha dicho usted: una "hermandad"...

R.- Es otra de esas cuestiones sobre las cuales no podían menos de abundar las interrogaciones, muchas de ellas descabelladas. Hablaba, sí, de una hermandad de Buscadores de la Verdad. ¿Hasta qué punto existió esa hermandad? Indudablemente existió; quizá no existiera en la forma en que él la presenta, pero eso no tiene mucha importancia. Se podrían hacer investigaciones históricas al respecto, y algunas se han hecho, pero creo que cada vez se llega a un callejón sin salida, porque toda prueba registrada con ese fin permanece ajena a la verdad propia del buscador.

P.- Y entonces usando palabras de todos los días ¿en qué terreno aporta esta búsqueda una explicación de la vida?

R.- Podríamos volver, como punto de partida, a ese momento en que el hombre se encuentra como perdido. "Se encuentra perdido", es una expresión extraña: se encuentra en una posición donde no sabe quién es ni cómo situarse respecto al mundo circundante. Y en ese momento intenta despertar a lo que es realmente él. Ese despertar es lo que nos propone Gurdjieff. Su método se basa enteramente en un movimiento interior que él llama "recordarse a sí mismo".

P.- "Tomar conciencia" ¿ no sería un término equivalente?

R.- Por supuesto, se puede encontrar toda una serie de equivalentes y cada uno de ellos habría que intentar comprenderlo de nuevo. Porque recordarse a sí mismo no es, por ejemplo, recapitular todos los acontecimientos de mi vida pasada; es un acto mediante el cual vuelvo a tomar contacto conmigo mismo en el instante mismo.

P.- Pero, ¿qué es "usted mismo"?. ¿Cómo se puede saber, puesto que todo es relativo, puesto ¿ qué está uno condicionado por todo lo que le rodea?

R.- De eso es precisamente de lo que no se puede hablar de veras en los términos discursivos ordinarios. Ninguna explicación podrá desentrañarlo. Se podría decir que para saber qué es recordarse tiene uno que recordarse. En ese momento, dentro de mí, voy al encuentro de un modo de conocer que suele estar completamente obliterado por el cúmulo de informaciones de las que me fío habitualmente.

P.- Y puede estar uno seguro de no engañarse

R.- En el momento mismo, está uno seguro. Después ya no sabe por qué camino llegó, ni por qué camino se volvió a desviar. Pero en el momento mismo, no cabe más que la certeza.

P.- ¿Usted lo ha sentido?

R.- SI, lo he sentido, una y otra vez. lo siento cada vez que vuelvo a hallar
Una manera de estar, una actitud interior, una disposición interior que me permite descorrer todas las cortinas y encontrarme, por decirlo así, en contacto directo, en conexión directa conmigo mismo.

P.- Eso me parece muy subjetivo.

R.- Sí, es verdad. Pero ahora trate usted de saber de qué subjetividad se trata. Por ejemplo: creo que me conozco. Y me basta. Hay un momento de vacilación, de incertidumbre, y luego me digo: "Ah, sí, es eso." Vuelvo a lo conocido. Rechazo lo desconocido. Mientras que si intento dar paso al espíritu de búsqueda, o tal vez a esa exigencia de búsqueda a la que me abro, inicio un proceso totalmente distinto. Me oriento hacia lo desconocido, no como enemigo al que se ha de vencer o someter, sino como posibilidad mía de ser verdaderamente yo. Acepto el ser un desconocido para mí mismo, y lo que me parece conocer de mí va a alimentar esa impresión de lo que está más allá.

P.- El obstáculo principal, si no me equivoco, es lo que Gurdjieff llama "identificación". Estar identificado, ¿no será en cierto modo lo que otros llaman ahora "estar condicionado"?

R.- No deja de tener cierta relación. Al parecer estoy totalmente condicionado en mí manera de ser ordinaria, por todo lo que se impone a mí, en las retahílas de pensamientos, sentimientos, sensaciones, que me sugiere mi entorno. Por la memoria que me queda de todas las informaciones recibidas anteriormente, por ese bombardeo perpetuo al que esta sometido el hombre de hoy. Y el fenómeno de identificación es el fenómeno de sujeción a ese conjunto de Influencias que sufre. Es su incapacidad de permanecer libre de ese acondicionamiento.

P.- ¿Por qué quiere usted librarse de él? Y en primer lugar ¿es posible conseguirlo?

R.- Sí, se puede conseguir, momentáneamente. Se puede a la vez recibir influencias y no estar a su servicio, no ser esclavo de ellas.

P.- ¿Le parece a usted, por ejemplo, que no esta sometido, como yo, a la publicidad que ve en la calle?

R.- ¿Claro que sí? ¿Cómo voy a estar libre de eso, exteriormente? El verdadero problema no es escaparme, por ejemplo ir a encerrarme en algún sitio donde ninguna publicidad pudiera venir a turbar mi sueño o mi tranquilidad.

A lo que aspiro es a poder pasearme por las calles, soportar la invasión, sin que me afecte. Escoger libremente mis pensamientos, mis sentimientos, mis intenciones, a pesar de esa agresión perpetua.

P.- Y piensa usted que es libre, ¿no?

R.- Pienso que quiero tratar de ser libre. Y pienso que, una vez mas, la búsqueda tiene más importancia que el resultado. El hombre recobra su identidad propia como buscador. Es decir, que lo que da sentido a su presencia no es el haber hallado algo, es el seguir buscando, incluso cuando lo ha encontrado.

P.- Pero dígame: ¿si es buscar por buscar, por lo que creo entender, entonces, se puede buscar cualquier cosa?

R.- Es verdad que ahí es donde es preciso situar la línea divisoria. Se trata de saber en virtud de qué nos parece que tal búsqueda es más o menos discutible, más o menos sospechosa, mientras que otra forma de búsqueda nos parece auténtica, legítima. La respuesta viene un poco de todos los horizontes, desde los tiempos más remotos. Y para nosotros se actualiza precisamente en la forma de indagación que representa la enseñanza de Gurdjieff. La enseñanza de Gurdjieff es para nuestro tiempo, se dirige a hombres de nuestro tiempo, tiene en cuenta incertidumbres de nuestro tiempo; también tiene en cuenta lo que queda en el hombre y no ha sido estragado por el incesante bataneo cultural; lo que aun es capaz de despertar, de volver en sí, porque de eso se trata: no de encontrar algo, sino de volverse a encontrar.

P.- ¿Qué tipo de solución, de respuesta, propone la enseñanza de Gurdjieff?

R.- Creo que se puede decir que esta enseñanza pretende ser esencialmente práctica: lo que aporta no es una respuesta teórica, sino un método.

P.- ¿Un método práctico, recetas?

R.- Nada de recetas. Un método, sí, una manera de disponerse que permite recibir una respuesta, que es a su vez provisional y capaz de dar nuevo impulso a pregunta. En el fondo eso es lo que diferencia esta forma de búsqueda de otra cualquiera. Existe el tipo de investigador que está al acecho de una respuesta. Esta respuesta está destinada a dejar cerrada la pregunta. Entendido, archivado. Y existe el buscador que se orienta hacia lo más puro y esencial de su indagación, es decir, en definitiva su propia actitud de buscador, cuando el hombre despierta a su propio ser...

P.- Yo quisiera volver a lo que decíamos antes. Porque, aun así, estoy algo preocupado. No sé si conoce usted ese cuento hassídico en el cual el Diablo va por una ciudad con un diablillo chico.

R.- Si, claro que lo conozco: el cuento del diablo y su diablillo que van siguiendo a un hombre por la calle y de pronto le ven agacharse para recoger... un trocito de verdad. El diablillo, muy asustado, se vuelve hacia el diablo y le dice: "¡Ya nos hundió, qué desastre!. ¿Y ahora para qué vamos a servir nosotros?" Entonces el diablo se sonríe de su ingenuidad y le contesta: "No te apures. Ha recogido la verdad... Ahora vamos a ayudarle a organizarla."

P.- ¿No le preocupa esa historia?

R.- Lo que me preocupa, por supuesto, es que el diablo me va a ayudar solapadamente a organizar la verdad, me va a sugerir una ingeniosa clasificación de los diferentes aspectos del problema. Mientras que la verdad y la vida son todo uno. Y la vida, en su mayor parte, no está al alcance de esa organización abstracta, mentalizada, de esa recuperación mental. No caer en esa trampa.

R.- Indudablemente no. Puede uno intentarlo solo, intentar, intentar una y otra vez. Pero sin ayuda es imposible.

P.- ¿Puede conseguirlo uno solo?

P.- ¿Y qué es lo que le ayudará?

R.- Se podría decir que lo que puede ayudar son las huellas que haya dejado en cada uno el conjunto de las tentativas que ha hecho el hombre desde su aparición sobre la tierra. Siempre y cuando esas huellas sean puestas de manifiesto por lo que ya ha tomado contacto con ellas; y ese es el papel que le toca a un hombre como Gurdjieff, por ejemplo.

P.- Parece que alude usted a una larga experiencia, que viene de tiempos remotos.

R.- En todo caso, a ese propósito quisiera acabar con esa idea de que la enseñanza de Gurdjieff se sitúa aparte, sino en contra, de las enseñanzas tradicionales. De hecho, su referencia es lo que llama el Cuarto Camino, y el cuarto camino existe en el cristianismo, en el hinduismo, en el Islam, lo mismo que en cualquier forma tradicional, taoísta, etc., que tenga por finalidad despertar al hombre a la conciencia de su destino real.

P.- Entonces ¿es una religión? ¿Una nueva religión? ¿O la misma?

R.- El Cuarto Camino, en el que se sitúa Gurdjieff, no está en contradicción con ninguna de ellas y no se puede reducir a ninguna de ellas. Es un intento de profundizar en lo que proponen las diferentes doctrinas. Y ese profundizar está en la línea de un conocimiento que pretende ser ante todo mismo. La idea es que no puedo conocer nada si no conozco al propio conocedor, si no conozco al que quiere conocer. Primera fase del despertar: el hombre despierta a lo que es él mismo como buscador. Es buscador de nacimiento. Como a un perro le viene de casta ser cazador, el hombre busca - el verdadero hombre, por supuesto.

P.- Entonces, cuando se mira a sí mismo, qué descubre que no se sepa ya a través del psicoanálisis, a través de los filósofos, de las religiones que existen desde hace miles de años?

R.- Hoy día estamos siempre al acecho de lo "nuevo". Ahora bien, el hombre que busca no descubre nada nuevo. Descubre algo que sería mucho más acertado llamar "renuevo". Renueva en sí mismo una conciencia de ser lo que es, y a la vez una conciencia de todo lo que le separa de lo que es realmente. Una conciencia mucho más justa, más imparcial, más directa, de todos los mecanismos falseados que le impiden ser verdaderamente él mismo.

P.- Me ha interesado una cosa: es que Gurdjieff, por lo que me ha parecido entender, fue creando grupos acá o allá, cuando estaba en Rusia, en Francia o en otras partes, y siempre, en un momento dado, parece ser que habla ruptura entre él y sus discípulos. ¿Venía de él, era voluntaria, o eran ellos los que se separaban de él?

R.- Se podría decir que a partir de cierto momento era fatal que un grupo se disolviera. A partir de cierto momento, si se producía un comienzo de "acostumbramiento" y si había precisamente algo parecido a "la organización de la verdad", Gurdjieff era el primero que rompía esa armazón. También se puede decir que lo que él proponía no estaba al alcance de todo el mundo, en el sentido de que, en cuanto se comprendía

de qué se trataba, había motivo para asustarse **y** salir huyendo. Y entonces había quien hurtaba el cuerpo, se evadía o se negaba a continuar.

P.- Eso por parte de los discípulos. Pero por parte de Gurdjieff, no lo comprendo, porque según dice usted, era capaz de romper la costumbre, de romper la rutina, de romper el cascarón. Si le rechazaban ¿consideraba que ya no habla esperanza?

R.- No, nada de eso. En cuanto había peligro de esclerosis, se las arreglaba para enredarlo todo, barajar las cartas y volver a empezar a cero. No era que no hubiera esperanza, al contrario: era la reaparición de la vida allí donde nos amenazaba el estancamiento o la anquilosis.

P.- ¿No le parece a usted que en cierto modo esta enseñanza es un camino reservado a una minoría?

R.- Primero habría que saber cómo definir esa minoría. Pero en cierto sentido, sí. Porque es muy evidente que la mayoría de los hombres no tienen gana de ser perturbados por preguntas intempestivas. Cuando por casualidad se topan con ellas, las dejan de lado a toda prisa. "¿Quién soy yo?". En su verdadero sentido, no es una pregunta para todo el mundo.

P.- Eso me parece bastante enojoso, porque la religión católica, por ejemplo, da por lo menos una posibilidad a cada uno de conseguir la salvación.

R.- Hay una posibilidad para cada uno, pero "cada uno" no la quiere...

P.- ¿Muchos llamados y pocos escogidos?

R.- Ya comprendo el fondo de su pregunta. Hay algo escandaloso en la idea de que los elegidos se toman por elegidos **y** hacen rancho aparte. Pero en el fondo, lo que era muy característico de la manera de Gurdjieff era cómo acogía, al fin **y** al cabo, a cualquiera.

P.- SI, pero no deja de tener algo de oculto, de esotérico. La puerta no está abierta de par en par. ¿Por qué?

R.- Simplemente para respetar cierta conformidad con las leyes. Hay operaciones que sólo pueden realizarse con un mínimo de tranquilidad; **las** circunstancias tienen que prestarse **a** la tentativa de despertar **y** de presencia a sí mismo, **y la** ayuda mutua, con los intercambios que lleva consigo, no se pueden efectuar en cualquier parte ni de cualquier manera.

P.- Es un comienzo de comodidad intelectual, al fin y al cabo.

R. El riesgo existe, no cabe duda. Pero yo no diría "comodidad intelectual". Porque en realidad era patente que entre los que rodeaban a Gurdjieff los intelectuales daban un poco la impresión de ser como retrasados, o en todo caso impedidos, aquejados de cierta insuficiencia. En cambio, cualquiera que hubiera tenido la suerte de criarse en un ambiente menos artificial, más cercano al del campesino o del marino, se hallaba enseguida en comunicación directa con él. Mientras que el intelectual estaba siempre dando rodeos inútiles para llegar al mismo sitio. Pero lo que prevalecía sobre esas diferencias de formación, sobre esas "particularidades subjetivas", era la acción real, inmediata, que ejercía en nosotros. Estaba allí

delante, y cada uno de los que sentíamos su mirada trataba de despertar. ¿Qué esperaba de nosotros? Probablemente que resonara en cada uno algo como un eco de lo que buscaba él. Estaba allí delante, como ejemplo vivo del buscador que cada hombre está destinado a descubrir en sí mismo. Estaba allí delante, y por su presencia, por su insistencia, a veces silenciosa, a veces acompañada de las palabras, intentaba evocar en nosotros lo que él mismo experimentaba como necesidad, como urgencia interior.

P.- Pero entonces, si el maestro ya no está, ¿qué hay que hacer?

R. - Eso viene a enlazar con la cuestión de hace un momento. Él hizo su papel y se retiró de la escena. ¿Esto quiere decir que su influencia dejó bruscamente de obrar? ¿Esto quiere decir que en las diferentes tradiciones los maestros que en vida han sido como faros para sus discípulos, al desaparecer dejan de acompañar con su luz a los que procuraron, a lo largo de los siglos, seguir a su vez el camino que aquellos les abrieron?

En realidad, si, como decía Montaigne, "todo hombre lleva en sí la forma entera de la humana condición", yo llevo a Gurdjieff en mí. La mayor parte del tiempo, seguramente soy incapaz de percibirlo. Pero acaso, buscando una actitud correspondiente, intentando sentirme más disponible para ello, dentro de mí puedo encontrarme con el Gurdjieff que conocí y que nunca ha dejado de ejercer su acción sobre mí.